



V DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

«Permaneced en mi Palabra»

(Jn 8, 31)

Subsidio Litúrgico-Pastoral



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

Un agradecimiento especial a:

Prof. Rev. P. Andrzej S. Wodka, C.SS.R.

Academia Alfonsiana – Instituto Superior de Teología Moral, Roma

Prof. Pbro. Franco Manzi

Seminario Arquidiocesano de Milán

Catholic Christian Outreach

Movimiento estudiantil universitario dedicado a la evangelización, Canadá

V DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

21 de enero de 2024

«Permaneced en mi Palabra»

(Jn 8, 31)

Subsidio Litúrgico-Pastoral



«Permaneced en mi Palabra»

(Jn 8, 31)

Índice general

1.	Consideraciones prácticas	6
2.	Propuestas pastorales	7
	En comunidad	7
	En familia.....	9
3.	Propuestas de <i>Lectio Divina</i>	11
	Dos propuestas sobre Jn 8, 28-42	11
	<i>Lectio Divina</i> para jóvenes sobre Mc 1, 14-20	18
	(Evangelio del III Domingo del T.O. 2024)	
4.	Catequesis del Papa Francisco	21
5.	El ejemplo del Card. Van Thuân	23
6.	Apéndice	25
	Adoración Bíblica	25
	Esquema para la Celebración Eucarística	31

Presentación

La expresión bíblica con la cual este año se quiere celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios* está tomada del evangelio de Juan: «Permaneced en mi palabra» (Jn 8,31). Uno de los hechos más llamativos en la historia del pueblo de Israel es, ciertamente, constatar que el vehículo privilegiado con el que Dios se dirige al pueblo y a cada uno, es el de la “palabra”. Decir que Dios usa la “Palabra” equivale a afirmar que Dios habla, es decir, Dios sale del silencio y en su amor se dirige a la humanidad. El hecho de que Dios hable implica que quiere comunicar algo íntimo y absolutamente necesario para el hombre, sin el cual no podría jamás llegar a un pleno conocimiento de sí mismo ni del misterio de Dios. El coloquio permanente entre Dios y los hombres, que caracteriza la historia bíblica, posee los rasgos de la amistad. Es un coloquio personal, que toca al hombre en lo más íntimo y lo involucra en una relación de amor, alcanzando a cada uno en su historia para estarle cercano.

El hecho fundamental que sorprende a la historia dándole una orientación diferente es este: en Jesucristo Dios habla de manera plena y definitiva a la humanidad. Él es la Palabra hecha carne, la Palabra que desde siempre es pronunciada y que ahora se hace también visible. Lo que se da a conocer a los hombres es la Palabra, el *Logos*, el Verbo, la vida eterna... todos, términos que remiten a la idea central y fundante: la persona de Jesucristo. Se vuelven entonces muy significativas estas palabras que Jesús dirige a todos nosotros, creyentes en Él, en el Evangelio de Juan: «Permaneced en mi palabra» (Jn 8, 31). Es la invitación a no dispersarse, sino a “permanecer en Él” con una unidad profunda y radical como la de los sarmientos a la vid (cfr. Jn 15, 1-7). En el Cuarto Evangelio, el verbo “permanecer” tiene un valor paradigmático. Permanecer en la Palabra de Dios es mucho más que un encuentro acelerado o fortuito. La *Dei Verbum* lo explica de modo admirable: «habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos» (*Dei Verbum*, 2). Dios no solo habla con los hombres, sino que se detiene largamente con ellos, como verdaderos “amigos” conocidos de mucho tiempo; Dios “mora” con nosotros, permanece para compartir alegrías y dolores y dar a la vida un sentido de plenitud que no se puede encontrar en otro lugar. En su Palabra, Dios nos ilumina con la «luz de la vida» (Jn 8, 12), como bien afirma el obispo Agustín: «*Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos*, y podréis contemplar la verdad como es, no por medio de palabras fuertes, sino con su luz resplandeciente, cuando Dios nos saciará, como dice el salmo: *Fue impresa en nosotros la luz de tu rostro, oh Señor* (Sal 4, 7)».

El Papa Francisco, en la Carta Apostólica al concluir el Jubileo de la Misericordia deseaba que «cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, el conocimiento y la profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo» (*Misericordia et misera*, 7). Con la Carta Apostólica *Aperuit Illis*, el Papa Francisco instituyó el Domingo de la Palabra de Dios, disponiendo su celebración el III Domingo del Tiempo Ordinario. No es secundario que el Domingo de la Palabra de Dios se coloque en un período en donde la Iglesia celebra la Jornada de diálogo entre

Hebreos y Católicos y la Semana de unidad de los Cristianos, confiriéndole un gran valor ecuménico y de comunión. De hecho, la Sagrada Escritura, desde siempre, es un puente de diálogo y de importante contacto también con las otras confesiones cristianas y con las otras religiones. Además, los Evangelios de este domingo, en los tres ciclos litúrgicos, conducen al inicio del ministerio de la predicación de Jesús, Verbo hecho carne.

Es una iniciativa profundamente pastoral con la que el Papa Francisco quiere hacer comprender cuán importante es en la vida cotidiana de la Iglesia y de nuestras comunidades la referencia a la Palabra de Dios, una Palabra no encerrada en un libro, sino que permanece siempre viva y se hace signo concreto y tangible. Cada realidad local podrá buscar las formas más adecuadas y eficaces para vivir de la mejor manera este Domingo, haciendo «crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura» (*Aperuit illis*, 15). Este Subsidio pastoral se propone como una ayuda que se ofrece a las comunidades parroquiales y a cuantos se reúnen para la celebración de la santa Eucaristía dominical, para que este Domingo sea vivido intensamente.

El Domingo de la Palabra de Dios permite a los cristianos, una vez más, reforzar la tenaz invitación de Jesús a escuchar y custodiar su Palabra para ofrecer al mundo un testimonio de esperanza que nos permita ir más allá de las dificultades del momento presente. En el camino que el Papa Francisco pide a toda la Iglesia cumplir hacia el Jubileo del 2025, que tiene como lema *Peregrinos de esperanza*, el Domingo de la Palabra de Dios se vuelve una etapa decisiva. La esperanza que surge de esta Palabra, de hecho, provoca a cada comunidad no solo a anunciar la fe de siempre, sino, ante todo, comunicarla con la convicción que da esperanza a quienes la escuchan y la acogen con corazón sencillo.

✠ Rino Fisichella

Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización
Sección para las Cuestiones Fundamentales de la Evangelización en el Mundo

Consideraciones prácticas

Preparar el Domingo de la Palabra de Dios

Para vivir activamente el *Domingo de la Palabra de Dios* es importante que los preparativos se extiendan del nivel espiritual (oración personal y comunitaria) al material (adecuada programación).

De hecho, para favorecer el encuentro con Dios en su Palabra, es necesaria una preparación espiritual, pidiendo la apertura del corazón para aquellos a quienes será proclamada la Palabra. En consecuencia, los preparativos para programar la iniciativa implican que se parta de la oración individual y comunitaria.

Sugerencias:

- Una semana antes del *Domingo de la Palabra de Dios*, incluir en la oración de los fieles una intención dedicada a este motivo.
- Prever en la comunidad un momento de Adoración al Santísimo Sacramento que se ofrezca por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*. (cfr. p. 25)
- Hacer momentos de Catequesis Bíblica.

Para vivir el Domingo de la Palabra de Dios

- Celebrar la Santa Misa de este Domingo de modo solemne, según la petición del Papa Francisco. En efecto, el lugar privilegiado del encuentro entre la comunidad cristiana y la Palabra de Dios es la celebración eucarística. La Carta Apostólica *Aperuit Illis*, en el n. 3, presenta algunas sugerencias:
- Será importante que en la celebración eucarística se pueda entronizar el texto sagrado, para hacer evidente a la asamblea el valor normativo que tiene la Palabra de Dios.
- En este domingo, en modo particular, será útil evidenciar su proclamación y adaptar la homilía para resaltar el servicio que se da a la Palabra del Señor.
- Los Obispos podrían en este Domingo, celebrar el rito de la institución del Ministerio de Catequistas y también de Lectorado, para recordar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia.
- Los párrocos podrían valorar la posibilidad de entregar la Biblia, o una parte de ella, a toda la asamblea, para hacer ver la importancia de continuar en la vida cotidiana la lectura, la profundización y la oración con la Sagrada Escritura, con una particular referencia a la *Lectio divina*.
- Hacer especial mención, en la oración de los fieles, a la unidad de los cristianos, pues celebrar el Domingo de la Palabra de Dios expresa un valor ecuménico.



«Me gustaría mucho que todos los cristianos pudieran aprender “la sublime ciencia de Jesucristo” (cfr. Fil 3, 8) a través de la lectura asidua de la Palabra de Dios, pues el texto sagrado es el nutriente del alma y la fuente pura y perene de la vida espiritual de todos nosotros. Debemos entonces realizar todo esfuerzo, para que cada fiel lea la Palabra de Dios, porque “la ignorancia de las Escrituras es, de hecho, ignorancia de Cristo”, como dice San Jerónimo».

(Papa Francisco)

EN COMUNIDAD

Conviene recordar que el desarrollo de este programa no es una finalidad en sí misma para este Domingo. Es necesario favorecer, más bien, el encuentro continuo, personal y comunitario con la Palabra de Dios. Sabemos bien que escuchar, compartir, vivir y anunciar la Palabra de Dios no es una tarea de un solo día, sino de toda nuestra vida. Podría ser de ayuda promover diversas iniciativas bíblicas durante el año y ofrecer una oportunidad de formación permanente a los fieles.

Formación de lectores

Es fundamental que las comunidades eclesiales se empeñen en la formación de los fieles que ejercitan el servicio de lectores en las Celebraciones Litúrgicas, para que ellos sean verdaderos anunciadores de la Palabra con una preparación adecuada, así como se realiza usualmente con los acólitos o los ministros extraordinarios de la Comunión. Como se lee en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (n. 58):

«Es necesario que los lectores encargados de este servicio, aunque no hayan sido instituidos, sean realmente idóneos y estén seriamente preparados. Dicha preparación ha de ser

tanto bíblica y litúrgica, como técnica: «La instrucción bíblica debe apuntar a que los lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe el núcleo central del mensaje revelado. La instrucción litúrgica debe facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la Palabra y las razones de la conexión entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. La preparación técnica debe hacer que los lectores sean cada día más aptos para el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz, ya sea con ayuda de los instrumentos modernos de amplificación de la voz».



Llevar la Palabra “en tu bolsillo”

Así sugiere el Papa Francisco: «Tened el hábito de llevar siempre un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la bolsa, para poderlo leer durante el día». Existen diversas ediciones del Nuevo Testamento o del Evangelio, en volúmenes ligeros, versiones de bolsillo, que fácilmente se pueden llevar en las bolsas o mochilas y que podemos llevar siempre con nosotros.

Llevar la Palabra en tu teléfono móvil

Se puede tener fácilmente la Biblia en tu teléfono móvil para consultarla en cualquier momento, existen varias aplicaciones y páginas de internet en diferentes idiomas, no solo con la Biblia sino también con las lecturas de la Santa Misa de cada día, páginas donde se puede leer o escuchar la Palabra de Dios, páginas con comentarios y reflexiones de la misma. Se puede activar también un recordatorio en tus notificaciones para tener un momento al día de encuentro con la Palabra de Dios, de tal modo que te acompañe donde quiera que vayas.

Profundizar la *Dei Verbum*

Para profundizar en este precioso documento, la Constitución Conciliar sobre la Divina Revelación, se sugiere leer los primeros volúmenes de la Serie *Cuadernos del Concilio*, preparados por el Dicasterio para la Evangelización con motivo del 60° aniversario del inicio del Concilio Vaticano II y como preparación al Jubileo 2025.

Grupo bíblico

Se podría organizar un grupo en la comunidad eclesial, con reuniones semanales o mensuales, que tenga momentos formativos o culturales de profundización de la Sagrada Escritura, y momentos de *Lectio divina* comunitaria. Para estos encuentros, se puede partir de las propuestas de *Lectio Divina* presentadas en este subsidio (cfr. p. 11-20). Los encuentros conviene que sean adaptados según las características del grupo (edades, madurez espiritual, etc.).



Visitar una Iglesia

Para los niños y jóvenes, también se podría sugerir una iniciativa “mistagógica” de este tipo: entrar en una Iglesia de su propia diócesis con frescos, mosaicos o vitrales e identificar los episodios bíblicos que narran, deteniéndose en los detalles, las miradas, los aspectos que puedan despertar especial curiosidad.

Entregar citas bíblicas

Escribir varias citas bíblicas (solo la abreviatura) en un pequeño papel y enrollarlo; al final de la misa se pueden entregar a los fieles para que las lean en casa y las compartan en familia.

Exposiciones bíblicas

Se podrán realizar muestras bíblicas, con imágenes, información, datos históricos y motivaciones para seguir profundizando en la Sagrada Escritura.

Rosario meditado

Otra fuente para orar con las Escrituras es la variedad de oraciones católicas tradicionales, como el Rosario. Este es una oración evangélica con marcada orientación cris-

tológica, definida por San Juan Pablo II como «compendio del Evangelio». De hecho, tiene un carácter

esencialmente contemplativo, pues nos hace entrar en la meditación de los misterios de la vida del Señor, acompañados de Aquella que fue más cercana al Señor. Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que la enunciación del misterio vaya acompañada por la proclamación de un pasaje bíblico correspondiente. Es oportuno además que, después de esto, hagan una pausa por un momento para fijar la mirada en el misterio meditado, antes de iniciar la oración vocal (cfr. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, n. 30-31).

EN FAMILIA

Un lugar privilegiado para la transmisión y la recepción de la fe es la propia familia, donde de generación en generación se comparte vivencialmente cuanto se ha recibido, es decir, las convicciones y las certezas que surgen de la propia experiencia. Reunirse alrededor de la mesa de la Palabra de Dios enriquece y refuerza la experiencia de la familia como “Iglesia doméstica”.

- Dedicar un tiempo en familia para una breve lectura de un pasaje de la Escritura, por ejemplo, el Evangelio del domingo. Elegir un lugar cómodo y tranquilo en casa, lejos de las distracciones de la televisión y de los teléfonos. Comenzar con una oración pidiendo al Espíritu Santo abrir nuestros corazones a la Palabra de Dios. Leer el pasaje en voz alta y después dejar un poco de tiempo a la familia para reflexionar y compartir las propias impresiones. Finalizar con una oración juntos, para que esta Palabra dé fruto en nuestra vida, ayudándonos a caminar hacia la santidad.
- Encargar a un miembro de la familia recoger imágenes artísticas que transmitan y expresen temas bíblicos de un particular pasaje de la Escritura. Estas imágenes (una pintura, una escultura, un vitral o una partitura de música sacra) pueden servir como punto de referencia para reflexionar sobre la Palabra de Dios que toma forma artística en la tradición cristiana.
- Momento de entrega de la Palabra a los hijos.
- Rezar el Rosario en familia.
- Ver juntos películas, series bíblicas (por ejemplo, *The Chosen*) y dibujos animados para los más pequeños. Se puede hacer un momento sucesivo para compartir, en el cual cada uno expresa su propia opinión de lo que vieron o bien, se explica o profundiza algún pasaje o escena.



*«La meditación cristiana, guiada por el Espíritu nos lleva al diálogo con Jesús.
No hay página del Evangelio en donde no haya lugar para nosotros.
Meditar, para nosotros cristianos, es un modo de encontrar a Jesús».*

(Papa Francisco)



Cada contacto creyente con el texto de la Sagrada Escritura es un encuentro siempre deseado por el alma sedienta de Dios. Como una flor que se abre al sol, así el corazón humano se expone al soplo del Divino Inspirador de las palabras humanas asumidas por Él y transformadas en las de Dios.

Una apertura confiada: ¡también yo puedo agradar siempre a Dios!

El “toque” del Espíritu es inmediato en nuestro texto, desde las primeras palabras de Jesús. El alma es inmediatamente llevada hacia las vetas de la intimidad originaria, de donde vino el Mesías y donde fueron formadas sus comunicaciones, destinadas a resonar en la historia de la humanidad. Esta *Lectio divina* inicia de hecho con una misteriosa promesa de comprensión exacta de la identidad de Cristo, de su misión y de sus palabras, y de su eterno posicionamiento en “agradar al Padre”:

«Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que *Yo Soy*, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él». Al hablar así, muchos creyeron en él. (Jn 8, 28-30)

Llama la atención la perspectiva de un misterioso “levantamiento” que solo más adelante podrá ser identificado con la crucifixión. Será este “el lugar” sorprendente de una epifanía del amor rechazado, pero siempre fiel, como puede ser solo el de “Aquél que es”. Ya con estas primeras palabras el corazón se sitúa inmediatamente en el lugar donde nacieron las mismas palabras de Cristo: ellas son humanas, sí, pero su origen es divino: «lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo».

De estas primeras frases se intuye la llave de unión con Dios en lo concreto de la vida: “hacer siempre lo que le agrada a Él” (Jn 8, 29). El agradar al Padre, su sonrisa de bendición hacia sus hijos e hijas no es solo un “OK” fiscal al rendir cuentas, sino que es la misma felicidad de Dios que se derrama sobre sus amadas creaturas, sobre sus esperanzas profundas, especialmente cuando son expuestas a los “levantamientos existenciales”, con las llagas de las diversas crucifixiones cotidianas.

Con bolígrafo en mano...

Es oportuno anotar la ambientación de la escena, pues la Biblia se lee no solo con los ojos, sino con el bolígrafo en mano (Carlo M. Martini). El capítulo octavo del evangelio de Juan – con sus 15 versículos (8, 28-42) – pone al lector en el contexto de confrontación y de creciente tensión en el cual se encuentra Jesús, dedicado en el templo y sus alrededores a llevar a cumplimiento la revelación de su Persona delante de aquellos que representan la mejor parte del pueblo electo: los fariseos, los escribas y los Judíos.

Estos últimos, según el estilo joánico, son las más altas autoridades de Israel. Y es propio con estos Judíos, cada vez más indispuestos, que se intensifica de manera dramática la confrontación. Jesús,



que inicialmente se presenta como “Yo soy”, se verá obligado - no obstante una primera adhesión de la fe de los judíos - a afrontar los intentos homicidas de aquellos que se profesan hijos de Abraham e hijos de Dios. Las palabras de Jesús, interrumpidas en el versículo 42, siguen, de hecho, con un drama inaudito que suena como preludio de la Pascua, ya cercana. Se advierte en el inesperado “lamento” del Señor que denuncia:

«¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira». (Jn 8, 43-44)

La Verdad de Dios – única fuente de una libertad feliz

“Decía, pues, Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»” (Jn 8, 31-32). Jesús habla aquí a aquellos que se han hecho sus discípulos. Les propone un camino prolongado en el tiempo: es necesario *permanecer* en su palabra, en sentido continuo existencial. La palabra de Cristo no es primeramente un objeto de estudio o un tema de discusión reservado a especialistas (como los fariseos o los escribas). Es un “permanecer” comparable con el continuo “respirar” el oxígeno divino de la palabra de Jesús que coincide con una intimidad creciente, modelada en aquella entre el Padre y el Hijo, que viene señalada en las palabras iniciales. Es en este “lugar” que se realiza la asimilación existencial de la Verdad. En esta relación se juega el “verdadero discipulado” que Jesús definirá como “amistad”. Solo tal modo de permanecer en su palabra puede revelar el contenido, el mensaje y la energía vital: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

En este modo, según Juan, gracias a Jesús se alcanza el conocimiento de la Verdad, o sea el conocimiento definitivo de Dios que manifiesta a la humanidad su origen y su destino final (la Trinidad).

Jesús – Luz de la Verdad que brilla en las tinieblas

La invitación del Mesías a permanecer en su palabra comienza a resonar ya en el capítulo precedente. Jesús subió a Jerusalén para la fiesta de las cabañas y su enseñanza (7, 1-24) suscita la



discusión sobre el origen del Mesías (7, 25-30). Él elige este momento para anunciar su próxima partida (7, 31-36) que – aun siendo dramática – coincidirá con la apertura de las fuentes eternas del agua viva (7, 37-39).

Sin embargo, tal promesa no calmará la confrontación sobre el origen del Mesías (7, 40-53), basado lamentablemente sobre un mero criterio socio-geográfico. «De Galilea no sale ningún profeta», afirman los opositores (7, 52), probablemente también malévolos en su sutil alusión a la incomprensida concepción de Jesús antes de la formalización del matrimonio: «Nosotros no hemos nacido de la prostitución; no tenemos más padre que a Dios». (8, 41).

Pero Juan lo sabe desde el prólogo de su Evangelio: «La luz brilla en las tinieblas» (Jn 1, 5). La Verdad de Dios resplandecerá en las tinieblas de este desconcertante rechazo, dando lugar a una inesperada epifanía de aquél Amor que coincide con Dios mismo. Solo Dios, en el Mesías crucificado, sabrá, de hecho, amar atravesando incluso los espacios humanos del dolor y del sin sentido, abiertos por el pecado y por el rechazo.



En este infierno humano, la Verdad resplandecerá aún más su luz y energía salvífica. Es el esplendor de la gratuidad propia del Don que coincide con Dios mismo. Como el Espíritu Santo, después de la pascua de Jesús, este *esplendor de donarse gratuitamente* se derramará sobre los discípulos durante Pentecostés, marcando un nuevo inicio de la Vida sin ocaso.

Juntos en el “hoy” de la gracia – liberados para realizarnos en el don

La *Lectio* de Jn 8, 28-42 hace abrir aquí la mirada interior del corazón sobre el misterio de la salvación. La filiación original entre el Creador y Adán, en la serenidad del paraíso, fue oscurecida por la rebelión, causada por la envidia de la antigua Serpiente (cf. Sab 2,24). Se oscureció así también la paternidad de Dios. La visión de Dios, del mundo y del hombre mismo se revistió de sospecha y se tradujo en una hostilidad de la creación, en una violencia creciente en la humanidad y en un silencio del Cielo...

Solo una nueva palabra creadora del Padre podía volver a dar la vida a una realidad marcada por la muerte. El Logos divino que no conoce ninguna tiniebla, el Hijo amado, fue “pronunciado” y enviado en la encarnación para brillar en la noche del mundo, manifestando la fidelidad del Creador a su creatura amada.

Para que el hombre pudiese comprender eso y renacer aún más bello respecto a la primera creación, el Hijo del Hombre debía entrar en la muerte de cada sentido y de cada relación, continuando amando incluso descendiendo a lo ínfimo de la existencia humana lejana del corazón del Padre. Aquí radica la liberación *del mal*, que Jesús nos enseñó a pedir al final del “Padre nuestro”, pero aún más la liberación *para* “ser-don” y así encontrarnos en un “nosotros”, reflejo de la Trinidad.

Permanecer en la Palabra – permanecer en Jesús

Jesús nos ha revelado hoy el “Lugar” de donde vino y a donde regresa, con su pascua, junto a nosotros: «Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él» (8, 29). “Estar con Él” para siempre – he aquí el destino de la humanidad, hecho nuevamente accesible para todos aquellos que permanecen en su Palabra.

Es la síntesis del entero evangelio: *permanecer en la Palabra* coincide con *permanecer en Jesús*, como Él permanece en el Padre. Es un “vivir en Cristo”, siguiéndolo de cerca, hacia la nueva creación, originada en la cruz, participando en su epifanía del Amor sin ocaso.

En el encuentro con esta Verdad está la respuesta a la pregunta que está a la base de todo el actuar cristiano: ¿puede el hombre expresar en plenitud su libertad en el don gratuito de sí? La respuesta se encuentra en las palabras de Jesús en la última cena: «El que ama su vida, la pierde; y el que odia [pierde] su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna» (Jn 12, 25).

Señor, tu repites a cada uno de nosotros:

«Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15,4).

**Te pedimos la gracia de confiar plenamente en tus palabras
que ahora se han convertido en nuestra vida. Haz que,
al ofrecernos constantemente por la vida del mundo, como tú lo hiciste,
nos encontremos como tus amigos. Así estaremos siempre rodeados
por la luz de tus palabras y calentados por su gracia, permanentemente
insertados en ti que eres la Palabra del Padre,
llena del Espíritu de Amor.**

Amén.

«Dime con quién andas, y te diré quién eres»: recita un famoso refrán. Simplificando el complejo pasaje del Evangelio de este domingo (Jn 8, 28-42), podríamos decir que Jesús hace un discurso parecido a un grupo de Judíos, que habían comenzado a seguirlo como su maestro de vida: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres». (8, 31-32). Dicho de otro modo: «Si confiáis en cuanto os digo y os convertís en mis discípulos, también vosotros seréis *como yo*». Y ¿de qué modo se hace uno, cuando va detrás de Jesús? Se hace *persona libre*: «Si el Hijo os da la libertad, – explica Él mismo –, seréis realmente libres» (8, 36; cfr. v. 32).

Sin embargo, en la libertad, ¿no podemos engañarnos! Hoy, está muy difundido un modo de entenderla que no es el de Cristo. De fondo, en nuestra cultura, cuando se habla de *libertad*, se sostiene casi siempre que es *hacer lo que se quiere*.

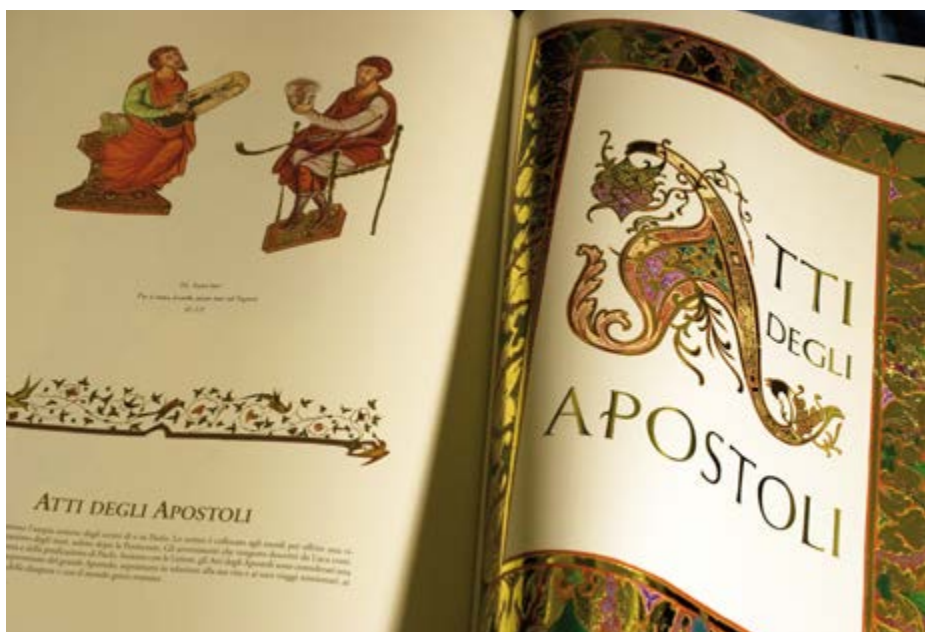
Si preguntase a uno de vosotros que significa ser libres, estoy seguro que alguno me respondería: «Soy libre, cuando puedo hacer lo que quiero». Ciertamente, intuimos que esta definición de libertad es ingenua. En la escuela o en algún encuentro formativo en la parroquia, somos capaces de discutir largamente sobre los engañosos condicionamientos socio-económicos que dañan nuestra libertad. Mientras tanto, sin embargo, cuando tomamos determinadas decisiones, también nosotros obedecemos a esta especie de dogma contemporáneo: «Soy yo que decido sobre mí mismo». Estamos tan encantados con ello que asumimos que esto también se aplica a nuestra relación con Dios.

Es la convicción que, por ejemplo, el filósofo existencialista ateo Jean-Paul Sartre puso en los labios del protagonista de la obra teatral *Las moscas*, quien grita contra su dios: «¡Yo soy mi libertad! En cuanto me creaste, he dejado de pertenecerte [...] No volveré bajo tu ley [...] Porque soy un hombre [...], y *todo hombre debe inventar su camino*».

En el Evangelio, sin embargo, Cristo nos presenta otro concepto de libertad, diametralmente opuesto al difundido en nuestra sociedad, según el cual, excepto los derechos de los demás, no se estaría obligado a responder a ningún otro de las propias decisiones. Jesús, en cambio, promete a sus discípulos – de ayer y de hoy: «*Seréis libres en la medida en que permaneceréis en mi palabra*» (cfr. Jn 8, 31-32).

Más allá de la áspera disputa de Jesús con los Judíos sobre ser descendientes de Abraham, que marca esta página evangélica, intentemos

actualizar la revelación sobre la libertad: «¿Quieres ser libre? – Parece enseñarnos Jesús – Deja que decida sobre tu vida el evangelio. Cesa de imaginar ingenuamente que puedes hacer lo que quieras, porque, a decir verdad, quien me sigue no puede comportarse así. Quien decide ser mi discípulo puede hacer solo el bien, hasta el grado de pagar con la propia persona en términos de energía, tiempo, afectos e incluso dinero. Y entonces, ¿quieres todavía ser mi discípulo? ¡En-



trégame tu vida! Continúa a creer que en mí encontrarás el bien último de tu existencia; apuesta al amor como hice yo (cfr. 13, 34; 15, 12). Si estás dispuesto, yo te prometo una auténtica libertad, con la cual podrás llegar al Dios-amor (cfr. 1Jn 4, 8.16). Si en cambio, quieres hacer lo que quieras, lo siento: no serás nunca libre verdaderamente; peor aún, te convertirás en esclavo de tu “yo” y, al final, de tu mismo pecado» (cfr. 8, 34).

Parafraseado así, el Evangelio de este *Domingo de la Palabra de Dios*, no se nos presenta ya lejano de nuestra vida, como probablemente nos parecía al inicio. Todo lo contrario: se convierte en una verdadera y propia provocación. Tan es así que, también en tiempos de Cristo, a estas palabras tuyas, inmediatamente el grupo de Judíos, que habían creído inicialmente en Él (8, 31) reaccionaron con dureza, pasando a las filas de sus adversarios: «Nosotros – respondieron a Jesús – nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres?» (8, 33).

Efectivamente, ¿con qué derecho Cristo puede sostener que nuestra libertad dependa de la obediencia a su palabra? ¿Cómo responder a la objeción de sus

opositores, que, además, coincide con la de tantos contemporáneos nuestros, que se han alejado de Él y de la Iglesia?

En una entrevista de Radio Vaticana, el Papa Benedicto XVI explicó que «la idea generalmente difundida es que los cristianos deben observar una inmensidad de mandamientos, prohibiciones, principios y cosas por el estilo, y que entonces el cristianismo es algo fatigoso y opresivo en la vida y que se es más libre sin todas estas cargas».

¿Cómo responder a quien piensa así? Aún más, ¿cómo dar razón de nuestra esperanza en Cristo (cfr. 1Pe 3, 15) al “no creyente” que vive también en nuestro corazón y que siente cotidianamente la tentación del «hago lo que quiero»?

Nuevamente Benedicto XVI responde: «Los mandamientos, al mirarlos en profundidad, son el medio que el Señor nos regala para defender nuestra libertad, tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de las incitaciones externas de los malintencionados. Los “no” de los mandamientos son de la misma manera “sí” al crecimiento de una auténtica libertad». Para comprender el motivo por el cual solo en la voluntad divina, que solo Cristo nos ha manifestado en modo pleno y definitivo, encontramos la fuente de nuestra libertad y de nuestra

felicidad, debemos recordar que somos esencialmente creaturas de Dios. Eso significa que el único que sabe verdaderamente lo que necesitamos para vivir en modo auténticamente humano o – como amaba decir Jesús – como hijos «bienaventurados» (Mt 5, 1-12; Lc 6, 17-23) es Dios, y no nosotros. De hecho, cada vez que intentamos establecer en nosotros lo que es bueno y lo que es malo prescindiendo de Él, *nos hundimos en las arenas movedizas del pecado*. En el fondo, de Adán y Eva en adelante (cfr. Gen 3), cada pecado fue siempre causado por la falta de fe, que nos hace decir a nosotros mismos: «Dios es un padre-patrón. ¿Por qué, para ser feliz, debo obedecer a sus mandamientos y a las palabras de su Hijo (cfr. Jn 8, 31)? ¿Soy o no soy libre?»

Pero es propio razonando así – nos revela Jesús en el Evangelio de hoy –, que terminamos por caer



esclavos del pecado. Sin duda, al inicio, nos ilusionamos con conquistar así nuestra felicidad. «Finalmente, – pensamos – me haré rico y no tendré más necesidad de nada (cfr. Ap 3, 17); tendré un nombre (cfr. Gen 11, 4; Is 14, 13-14); satisfaré cualquier deseo (cfr. Ex 20, 17)».

Pero luego, una y otra vez, sucede que – como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica – «El pecado crea una facilidad para el pecado, engendra el vicio por la repetición de actos. De ahí resultan inclinaciones desviadas que oscurecen la conciencia y corrompen la valoración concreta del bien y del mal. Así el pecado tiende a reproducirse y a reforzarse» (n. 1865). En este sentido, Jesús nos ha revelado que el pecado esclaviza a quien lo comete (cfr. Jn 8, 34). Después de lo cual, – como nos atestiguan muchas páginas bíblicas (cfr. Gal 6, 8; Rm 6, 21,23) – nuestros malos actos, aunque sutiles y ocultos, siempre causan consecuencias dañinas, que hacen sufrir a otras personas: aquellos a quienes queríamos hacer el mal, pero también a otras personas inocentes, quizás entre nuestros propios seres queridos. No sólo eso, sino que, tarde o temprano, el mal que hemos cometido se vuelve contra nosotros como un *boomerang*, aunque sólo sea en forma de remordimiento, a menudo invisible para los demás, pero no menos hiriente para nosotros. (cfr. Ez 36, 31; Mt 26, 75; 27, 3-5).

Conociendo esta terrible posibilidad inherente a nuestra libertad, Cristo, por medio de quien y para quien fuimos creados por Dios (cfr. Col 1, 16), hoy nos da una sugerencia muy valiosa: «Si quieres ser libre, deja que yo me haga cada vez más el criterio último de tus decisiones» (cfr. Jn 8, 36). Este es el secreto de la vida: apostar nuestra libertad al Dios confiable que nos ha revelado Cristo. Vivir de fe (Rm 1, 17; Gal 3, 11; Heb 10, 38; cfr. Hab 2, 4) como hizo Abraham, convirtiéndonos así en sus descendientes (Jn 8, 33.37). Más aún: vivir como hijos de Dios (cfr. 8, 42) como hizo Cristo. ¿Cómo? Dejándonos dócilmente guiar por el Espíritu (Gal 4, 6; Rm 8, 15), que sopla sobre todo en la palabra de Cristo (cfr. Jn 6, 63; 14, 26; 16, 14). Así llegaremos a *reconocer con gratitud* que lo hemos recibido todo del Padre, por quien buscaremos, con plena libertad, llevar a feliz término – tal como lo hizo el Hijo (cfr. 5,36; 9,4; 10,31.37; 17,4) – *sus obras buenas* (cfr. 3,21; 14,12).

Con alegría, entonces, expresemos en esta eucaristía nuestra gratitud al Padre por el don de la *libertad*, *que*, ayudados por el Espíritu, *deseamos ponernos a su completo servicio*:

**Te agradecemos, Padre,
porque no nos has creado como marionetas sin hilos,
obligados a hacer tu voluntad.**

**Gracias por el don inmenso de la libertad
y por el inquieto deseo de amor
que nos impulsa hacia ti.**

**Dónanos, Padre, al Espíritu Santo,
para que fortalezca en nosotros
la decisión de obedecer
a la palabra verdadera y liberadora de tu Hijo,
único camino que lleva a la vida contigo.**

Así sea para todos nosotros.

Lectio Divina para jóvenes

Mc 1, 14-20

En este pasaje de la Escritura, San Marcos narra la llamada de Simón, Andrés, Santiago y Juan, cuatro personas normales que Jesús llama a seguirlo y a colaborar en su misión de hacer discípulos a todas las naciones, convirtiéndose en pescadores de hombres. Sin embargo, no debemos leer esta historia solo como una narración de eventos pasados. La llamada a la misión de evangelización es para todos los bautizados: «En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero» (*Evangelii Gaudium*, 120). Podemos identificar cuatro temas clave en este texto de la Escritura: Hacer, Urgencia, Llamada y Respuesta.



Mientras Jesús camina por la orilla del mar de Galilea, ve a Simón y Andrés pescando. Los llama: «Venid conmigo, y os haré llegar a ser pescadores de hombres» (Mc 1, 17). Jesús sabe que no está llamando hombres capacitados para seguirlo. De hecho, Marcos lo hace notar de modo especial «pues eran pescadores» (Mc 1, 16). Los pescadores no eran considerados parte de la clase social instruida. No eran estudiosos de la ley o levitas. Eran sencillos, como sal-de la-tierra.

No obstante, Jesús llama a Simón y Andrés a dejar las redes y a seguirlo, prometiendo hacerlos pescadores de hombres. Hay algo significativo en el uso de la palabra “hacer” en esta frase.

Jesús no se limita a llamarlos a seguirlo. Él está prometiendo que los transformará en los pescadores de hombres que Él quiere que sean. Hacer algo requiere premeditación, planificación e intención. Cuando se quiere construir algo bueno, se piensa antes cómo construirlo. Hay un fin en la mente, una planificación y una previsión que preceden la realización. Usando el término “hacer”, Jesús indica a Simón y Andrés que tiene en mente un fin para ellos: pasar de ser pescadores en el mar a convertirse en pescadores de hombres para el mundo entero. Un dicho común recita que “el Señor no llama a los capacitados, sino que capacita a los llamados”. **Aquí vemos a Jesús que llama dos hombres aparentemente no capacitados con la promesa de que los forjará y modelará intencionalmente para hacerlos los pescadores de hombres que quiere. En oración, pregunta al Señor cómo te está forjando como discípulo misionero.**

Ambos grupos de hermanos en la narración de Marcos responden con urgencia a la llamada del Señor a seguirlo. Marcos describe ambas respuestas como “inmediatas” (cfr. Mc 1, 18.20). El uso de un lenguaje que evoca un sentido de inmediatez es característico del Evangelio de Marcos. Sin embargo, esto no debe inducirnos a pensar que se trata solo de una técnica literaria utilizada por Marcos. El hecho de que ambos grupos de hermanos estuvieran dispuestos a dejar sus vidas de pescadores para seguir a Jesús inmediatamente debería decirnos algo sobre la urgencia de la misión.

En *Redemptoris Missio*, San Juan Pablo II escribió sobre la urgencia de la misión de la Iglesia: «El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado. Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión» (*Redemptoris Missio*, 3).

La Encíclica *Redemptoris Missio* fue escrita en 1990. En gran parte del mundo, ciertamente en Norte América y en Europa, «el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia» ha aumentado en los últimos treinta y tres años. Hay también muchos lugares en el mundo donde las personas no han tenido nunca la oportunidad de escuchar la Buena Noticia de Jesús. Esto debería estimular un renovado sentido de urgencia por la misión evangelizadora. Cuando consideramos el gran número de almas que no abrazan una relación profunda, personal e íntima con las tres Personas de la Santísima Trinidad, que es la finalidad misma de sus vidas, la urgencia para cada uno de nosotros en responder a la llamada para la evangelización debería ser evidente.

Si pensáramos que, quizá, esta llamada urgente a participar en la misión de hacer discípulos a todos los pueblos (cfr. Mt 28, 19-20) era solo para los apóstoles y no está dirigida a nosotros, debemos recordar las palabras de San Pablo VI:

«Finalmente, el que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia» (*Evangelii Nuntiandi*, 24).

Cuando Jesús llama, es un momento personal, único, urgente e intencional. Fue una llamada personal para estos hombres, y es una llamada personal para cada uno de nosotros. Teniendo presente la urgencia de la misión, cada uno de nosotros debería preguntarse: ¿de qué modo Jesús me llama a responder inmediatamente para unirme a Él en el hacer discípulos a todos los pueblos? Podrías sentir esta llamada por primera vez, o bien, darte cuenta que es lo que sientes en tu corazón desde hace mucho tiempo y, por lo tanto, es tiempo de responder.

Detente y entra en este pasaje de la Escritura mientras escuchas la llamada de Jesús para ir: ¿Qué sientes? ¿Qué percibes? ¿Cómo responde tu corazón, mientras estás cansado, sentado



sobre una barca después de haber trabajado por muchos días? ¿Qué podría pedirte el Señor dejar para seguirlo inmediatamente? Podría ser algo importante, como tu trabajo, tu empleo o tu familia, pero podría también ser algo más, como un pecado en particular en tu vida, o también algo como eliminar una app en la cual pierdes mucho tiempo para poder pasar más tiempo con el Señor o con un grupo de amigos.

Jesús te llama personalmente a seguirlo y te invita a ser su discípulo misionero hoy; te llama donde estés; no es necesario que tú seas perfecto, sino como los primeros apóstoles, no preparados pero disponibles. Esta llamada no se basa sobre tus capacidades o sobre tu devoción religiosa, sino sobre tu voluntad de responder. En *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco escribe:

«En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cfr. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador... Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización» (n. 120)

Este pasaje te llama hoy a ser un «pescador de hombres». Relee la Escritura y pon tu nombre en lugar de Simón, Andrés, Santiago y Juan. ¿Qué te detiene para responder inmediatamente al llamado de Jesús a la misión de evangelización? Imagínate como uno de los apóstoles: cuando Jesús te dice: «Ven y sígueme», ¿lo seguirás inmediatamente?



Catequesis sobre la oración con las Sagradas Escrituras

Audiencia General, 27 de enero de 2021

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera detenerme sobre la oración que podemos hacer a partir de un pasaje de la Biblia. Las palabras de la Sagrada Escritura no han sido escritas para quedarse atrapadas en el papiro, en el pergamino o en el papel, sino para ser acogidas por una persona que reza, haciéndolas brotar en su corazón. La palabra de Dios va al corazón. El Catecismo afirma: «A la lectura de la sagrada Escritura debe acompañar la oración —la Biblia no puede ser leída como una novela— para que se realice el diálogo de Dios con el hombre» (n. 2653). Así te lleva la oración, porque es un diálogo con Dios. Ese versículo de la Biblia ha sido escrito también para mí, hace siglos, para traerme una palabra de Dios. Ha sido escrito para cada uno de nosotros. A todos los creyentes les sucede esta experiencia: un pasaje de la Escritura, escuchado ya muchas veces, un día de repente me habla e ilumina una situación que estoy viviendo. Pero es necesario que yo, ese día, esté ahí, en la cita con esa Palabra, esté ahí, escuchando la Palabra. Todos los días Dios pasa y lanza una semilla en el terreno de nuestra vida. No sabemos si hoy encontrará suelo árido, zarzas, o tierra buena, que hará crecer esa semilla (cf. Mc 4,3-9). Depende de nosotros, de nuestra oración, del corazón abierto con el que nos acercamos a las Escrituras para que se conviertan para nosotros en Palabra viviente de Dios.

Dios pasa, continuamente, a través de la Escritura. Y retomo lo que dije la semana pasada, que decía san Agustín: “Tengo temor del Señor cuando pasa”. ¿Por qué temor? Que yo no le escuche, que no me dé cuenta de que es el Señor.

A través de la oración sucede como una nueva encarnación del Verbo. Y somos nosotros los “tabernáculos” donde las palabras de Dios quieren ser acogidas y custodiadas, para poder visitar el mundo. Por eso es necesario acercarse a la Biblia sin segundas intenciones, sin instrumentalizarla. El creyente no busca en las Sagradas Escrituras el apoyo para la propia visión filosófica o moral, sino porque espera en un encuentro; sabe que estas, estas palabras, han sido escritas en el Espíritu Santo y que por tanto en ese mismo Espíritu deben ser acogidas, ser comprendidas, para que el encuentro se realice.

A mí me molesta un poco cuando escucho cristianos que recitan versículos de la Biblia como los loros. “Oh, sí, el Señor dice..., quiere así...” ¿Pero tú te has encontrado con el Señor, con ese versículo? No es un problema solo de memoria: es un problema de la memoria del corazón, la que te abre para el encuentro con el Señor. Y esa palabra, ese versículo, te lleva al encuentro con el Señor.

Nosotros, por tanto, leemos las Escrituras para que estas “nos lean a nosotros”. Y es una gracia



poder reconocerse en este o aquel personaje, en esta o esa situación. La Biblia no está escrita para una humanidad genérica, sino para todos nosotros, para mí, para ti, para hombres y mujeres en carne y hueso, hombres y mujeres que tienen nombre y apellidos, como yo, como tú. Y la Palabra de Dios, impregnada del Espíritu Santo, cuando es acogida con un corazón abierto, no deja las cosas como antes, nunca, cambia algo. Y esta es la gracia y la fuerza de la Palabra de Dios.

La tradición cristiana es rica de experiencias y de reflexiones sobre la oración con la Sagrada Escritura. En particular, se ha consolidado el **método de la “lectio divina”**, nacido en ambiente monástico, pero ya practicado también por los cristianos que frecuentan las parroquias. Se trata ante todo de leer el pasaje bíblico con atención, es más, diría con “obediencia” al texto, para comprender lo que significa en sí mismo. Sucesivamente se entra en diálogo con la Escritura, de modo que esas palabras se conviertan en motivo de meditación y de oración: permaneciendo siempre adherente al texto, empiezo a preguntarme sobre qué “me dice a mí”. Es un paso delicado: no hay que resbalar en interpretaciones subjetivistas, sino entrar en el surco vivo de la Tradición, que une a cada uno de nosotros a la Sagrada Escritura. Y el último paso de la *lectio divina* es la contemplación. Aquí las palabras y los pensamientos dejan lugar al amor, como entre enamorados a los cuales a veces les basta con mirarse en silencio. El texto bíblico per-

manece, pero como un espejo, como un icono para contemplar. Y así se tiene el diálogo. A través de la oración, la Palabra de Dios viene a vivir en nosotros y nosotros vivimos en ella. La Palabra inspira buenos propósitos y sostiene la acción; nos da fuerza, nos da serenidad, y también cuando nos pone en crisis nos da paz. En los días “torcidos” y



confusos, asegura al corazón un núcleo de confianza y de amor que lo protege de los ataques del maligno.

Así la Palabra de Dios se hace carne —me permito usar esta expresión: se hace carne— en aquellos que la acogen en la oración. En algunos textos antiguos surge la intuición de que los cristianos se identifican tanto con la Palabra que, incluso si quemaran todas las Biblias del mundo, se podría salvar el “calco” a través de la huella que ha dejado en la vida de los santos. Esta es una bonita expresión.

La vida cristiana es obra, al mismo tiempo, de obediencia y de creatividad. Un buen cristiano debe ser obediente, pero debe ser creativo. Obediente, porque escucha la Palabra de Dios; creativo, porque tiene el Espíritu Santo dentro que le impulsa a practicarla, a llevarla adelante. Jesús lo dice al final de un discurso suyo pronunciado en parábolas, con esta comparación: «Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas —del corazón— lo nuevo y lo viejo» (Mt 13,52). Las Sagradas Escrituras son un tesoro inagotable. Que el Señor nos conceda, a todos nosotros, tomar de ahí cada vez más, mediante la oración. Gracias.

El ejemplo del Venerable Card. Van Thuân

«El testimonio de los Beatos y de los Santos nos ilumina, nos atrae y también nos interpela, porque es “palabra de Dios” encarnada en la historia y cercana a nosotros»
(Papa Francisco).

François-Xavier Nguyễn Van Thuân nació el 17 de abril de 1928 en Huê (Vietnam), en una familia profundamente cristiana. A los 12 años entró en el Seminario menor del Vicariato de Huê y, después de los años de estudio y formación en el Seminario mayor, fue ordenado sacerdote el 11 de junio de 1953. Fue consagrado obispo el 24 de junio de 1967.

Después de ocho años de gobierno pastoral, el 15 de agosto de 1975, fue arrestado por ser considerado políticamente peligroso. Fue acusado de estar al servicio de gobiernos extranjeros que atentaban contra el suceso de la revolución comunista del País. Bajo escolta militar fue inmediatamente deportado al poblado de Cay Vông, a diez kilómetros de su diócesis. Durante su encarcelamiento logró que los fieles le enviaran un poco de vino en una pequeña botella con una etiqueta con la inscripción: “Medicina contra el dolor de estómago” y unas hostias escondidas en una antorcha que se usa contra la humedad, celebrando la Santa Misa en la palma de su mano, con tres gotas de vino y una gota de agua. Vivía en la presencia de Jesús, que custodiaba en la bolsa de la camisa. Así describe estos momentos:

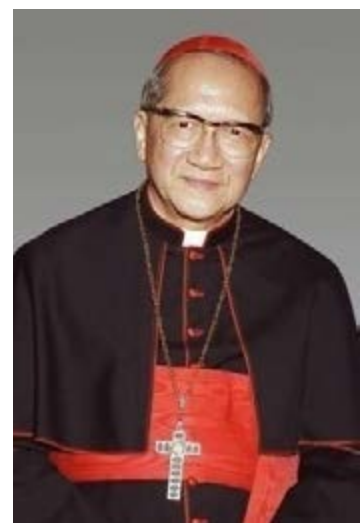
«No podré expresar nunca mi gran alegría: celebré cada día la Misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. ¡Este era mi altar y mi catedral! Cada día tenía la oportunidad de extender las manos y clavarlas en la cruz con Jesús, de beber con Él su Cáliz más amargo... Fueron las Misas más bellas de mi vida... Así, en prisión sentía latir en mi corazón el corazón mismo de Cristo. Sentía que mi vida era su vida y la suya era la mía».

Privado de un texto de la Sagrada Escritura, escribiendo en pequeños trozos de papel todos los pasajes que recordaba, logró crear una pequeña Biblia personal:

«No pude llevar conmigo la Biblia a la cárcel; entonces recogí todos los trozos de papel que encontré e hice una minúscula agenda, en donde escribí más de 300 frases del Evangelio; este Evangelio reconstruido y encontrado fue mi vademécum cotidiano, mi baúl precioso de donde obtener fuerza y alimento mediante la Lectio divina».

La prisión duró trece años, de los cuales nueve en aislamiento. Finalmente, fue liberado el 21 de noviembre de 1988, en la memoria de la Presentación de María en el Templo. Para Mons. Van Thuân la relación fue simple e inmediata: «¡La Virgen me ha liberado!». En estos años, se abrazó a la Palabra de Dios y a la Eucaristía, buscando recordar de memoria los pasajes de la Biblia y se unió espiritualmente a la Virgen María:

«Cuando las miserias físicas y morales, en prisión, se hacen demasiado pesadas y me impiden rezar, entonces digo el Ave María, repito cientos de veces el Ave María».





ΕΓΩ ΕΙΜΙ ΗΝΤΗΣΚΟ
ΤΟ ΦΩΣ ΤΟΥ ΤΙ ΑΛΛΕΞ
ΚΟΣΜΟΥ ΟΥΔΕ ΕΙ ΤΟ ΦΩΣ
ΚΟΛΟΥΘΩ ΜΕ ΤΗΣ ΕΩ
ΚΑΙ ΟΙ ΟΥΤΗΝ ΗΣ+
ΠΕΡΙΠΑΝ

LA·PARIT·SOLEM·ROSA FLOREM·FORMA·ΘΕΟΥ

Adoración Bíblica

Exposición del Santísimo Sacramento

El presente texto es una propuesta que posteriormente debe ser concretada e inculturada, según las tradiciones locales.

Habiéndose reunido los fieles e iniciado un canto, el ministro se acerca al lugar de la Reserva. Trae al Santísimo Sacramento y lo expone en la custodia. De rodillas, el ministro inciensa al Santísimo Sacramento.

C./ Señor, contemplamos tu presencia real en este Santísimo Sacramento y te damos gracias por habernos llamado a estar ante ti. Nos reunimos confiando en Ti y en tu Palabra. Prepara nuestra mente y corazón para recibir las gracias que has preparado para nosotros en este momento. Haz que seamos conscientes en cada momento de que estamos frente a Ti y a tu amor infinito. Abre nuestro entendimiento y nuestra voluntad para recibir tu Palabra y anunciarla con nuestra vida.

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad». (Jn 1,14)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”». (Lc 24,32)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». (Mt 28,19-20)

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

L./ Escuchemos y acojamos la Palabra de Dios, siempre viva y eficaz. Dejemos que resuene dentro de nosotros e ilumine nuestras vidas.

Aclamación al Evangelio

Aleluya, aleluya.

«Permaneced en mí y yo en vosotros, dice el Señor;

Quien permanece en mí da mucho fruto».

Aleluya.

Escuchad la Palabra del Señor del Santo Evangelio según San Juan (15, 1-5.9-11)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado».

Reflexión guiada:

L./ En el contexto del *Domingo de la Palabra de Dios* celebramos este momento de adoración, que este año se inspira en el texto: «*Permaneced en mi Palabra*» (Jn 8, 31). Ante Jesús Eucaristía reflexionemos:

1. Juan comienza su Evangelio diciendo que “el Verbo se hizo carne” (1, 14). En Jesús, el Dios invisible se hizo ver y escuchar. ¡Cuántas palabras y cuántas acciones de Jesús pudieron oír y ver los apóstoles! Muchas de estas fueron atestiguadas en los Evangelios, en los cuales podemos contemplar a Jesús a través de su Palabra. Jesús continúa hablándonos y continúa actuando en nuestra vida.

(Momento de silencio después de cada punto)

2. Dios quiere tener con nosotros una relación personal, de intimidad. Jesús tocó los corazones de tantos que se encontraron con Él en el Evangelio. Hoy quiere tener esta relación única y exclusiva con cada uno de nosotros. Tener una relación de amistad con Jesús significa “permanecer en Él”. Pero también Él permanece en nosotros, es un permanecer recíproco. Es la reciprocidad propia de la amistad. Uno para el otro y viceversa. Como se lee en el Cantar de los Cantares: “Yo soy de mi amado y mi amado es mío” (6,3). Él ha permanecido presente, vivo y real en la Eucaristía para donarse totalmente a nosotros, para permanecer con nosotros “hasta el fin del mundo”. Ahora debemos elegir “permanecer en con Él”, no solo en este momento de oración, sino todos los días de nuestra vida.
3. Sin Jesús no podemos hacer nada, como el sarmiento sin la vid. Debemos «Permanecer en Jesús para tener la savia, la fuerza, para tener la justificación, la gratuidad, para tener la fecundidad. Y Él permanece en nosotros para darnos la fuerza de [dar] fruto (cf. Jn 5,15), para darnos la fuerza del testimonio con el que la Iglesia crece». (Papa Francisco, Homilía en la Capilla de la Casa Santa Marta, 13 de mayo de 2020).
4. Su deseo es darnos la verdadera alegría. Solo con Jesús nuestra vida recibirá la alegría plena. Una alegría pura que penetra todo el ser. Jesús está con nosotros y permanecerá siempre con nosotros; nada podrá separarnos de Él, ninguno podrá quitarnos nuestra alegría. Dejemos hoy que Él nos dirija su Palabra. Su modo de hablar es siempre con amor y autoridad

transformante: «una palabra tuya bastará» como dijo el Centurión Romano. ¡Solo una! Una palabra tuvo para Levi en aquella mesa; una para Zaqueo en aquel Sicomoro; una para Pedro, Santiago y Juan en la orilla del mar; una para María fuera del sepulcro... Tiene una también para nosotros. Dejemos que Él nos hable al corazón y permanezcamos y moremos en su Palabra, porque solo Él tiene palabras de vida eterna (cfr. Jn 6,69).

Oración personal

En este momento se podría entregar impresa a los fieles la cita bíblica de Jn 15, 5 («Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada») para favorecer la oración personal. Mientras tanto, se puede alternar el silencio con música adecuada.

Silencio orante

Canto

Preces comunitarias

L./ Tu que fuiste contemplado por los pastores y los magos en Belén...

R./ Haz que te descubra en mi vida Señor. (cfr. Mt 2,11)

L./ Tu qué mostraste tu gloria en el Tabor...

R./ Haz que disfrute las alegrías de cada día Señor. (cfr. Mt 17,1s)

L./ Tu qué llamaste a tus discípulos en la orilla del lago...

R./ Haz que también yo atienda a tu llamada Señor. (cfr. Mt 4,18-22)

L./ Tu que viste la creatividad de Zaqueo...

R./ Haz que te ofrezca mis esfuerzos Señor. (cfr. Lc 19,1s)

L./ Tu que tocando al sordo mudo le mostraste tu cercanía...

R./ Haz que reciba atento tu Palabra. (cfr. Mc 7,33)

L./ Tu que cambiaste el horizonte de la vida de Mateo...

R./ Llena mi vida de sentido Señor. (cfr. Mt 9, 9-13)

L./ Tu que dirigiéndote a Lázaro lo volviste a la vida...

R./ Anima mi fervor y deseo de santidad Señor. (cfr. Jn 11,1s)

L./ Tu que explicándoles las escrituras a tus discípulos transformaste su tristeza en gozo...

R./ Enciende nuestro amor por tu Palabra y la certeza de tu presencia Señor. (cfr. Lc 24,13-35)

Canto**Padre nuestro**

C./ Te agradecemos Señor porque siempre estas cerca de nosotros, de manera particular en la Eucaristía y en tu Palabra. Queremos en todo momento acudir a Ti, Palabra de Vida Eterna, acogerte con fe y sencillez, compartirte con entusiasmo, vivir tu Palabra en lo cotidiano y anunciarte con valentía. Con la confianza de hijos y con tus mismas palabras nos atrevemos a decir: *Padre nuestro...*

Bendición

Al final de la adoración el sacerdote o el diácono se acerca al altar, hace la genuflexión; se entona el *Tantum ergo* u otro canto apropiado. Mientras tanto, arrodillado el ministro, incienso el Santísimo Sacramento. Luego se pone de pie y dice:

Oremos

Señor nuestro Jesucristo,
que en este admirable sacramento
nos dejaste el memorial de tu Pasión:
concédenos, venerar de tal modo los Sagrados Misterios
de tu Cuerpo y de tu Sangre
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu Redención,
tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R./ Amén

Dicha la oración, el sacerdote o diácono recibe el velo humeral blanco, hace genuflexión, toma la custodia y bendice al pueblo con el Santísimo Sacramento haciendo la señal de la cruz, sin decir nada.

Aclamaciones al Santísimo

Si se retiene oportuno, después de la bendición eucarística se pueden decir, según las costumbres locales, las siguientes aclamaciones:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo nombre.
Bendito sea Jesucristo, Dios y verdadero hombre.
Bendito sea el nombre de Jesús.
Bendito sea su sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su santa e inmaculada concepción.

Bendita sea su gloriosa asunción.

Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

Reserva

Terminada la bendición, el sacerdote o el diácono que ha impartido la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y hace genuflexión.



«Permaneced en mi Palabra»

(Jn 8, 31)

Esquema para la Celebración Eucarística

Se proponen algunas sugerencias litúrgicas para la Celebración de la Santa Misa, sin embargo, a discreción del Obispo local y del Párroco, se pueden introducir otros signos que subrayen la importancia de la Palabra de Dios en la comunidad celebrante – en conformidad, naturalmente, con las indicaciones litúrgicas vigentes respecto a la celebración de la Eucaristía.

El ambón sea adornado y se coloque junto a él el cirio pascual encendido. Junto al altar o al ambón, o en otro sitio especialmente preparado (p. ej. una capilla), se prepare un lugar visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado. En otra mesa se acomoden las Biblias que serán entregadas a los diversos representantes de la Comunidad parroquial.

Debe ser evidente que, en la Misa, se prepara la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. El ambón se conecta con el altar en cuanto que el Verbo anunciado desde el ambón se hace “carne” en el altar. Se puede, justamente, hablar de “dos mesas”: de la Palabra y de la Eucaristía.

La Santa Misa inicia *more solito*: se favorezca, según las posibilidades, la procesión solemne con el turiferario, la naveta, la cruz, los ciriales, llevando el Evangelionario según la usanza de la Iglesia Romana. El diácono (o en su ausencia el presbítero) lleva procesionalmente el Evangelionario, manteniéndolo elevado y, si es posible, acompañado por dos velas encendidas. Llegando al presbiterio el Evangelionario se coloca sobre el altar, al centro.

El ser colocado sobre el altar, confiere al Evangelionario un honor excepcional. Siendo el altar Cristo mismo, solo la Eucaristía y el Evangelionario gozan del privilegio de ser puestos sobre él. Esta colocación equivale a una entronización similar a la exposición del Santísimo Sacramento. Tal gesto, reservado al texto sagrado, quiere expresar la disposición interior de los fieles: la Palabra de Dios viene y toma el lugar central en la asamblea.

Después del saludo inicial se introduce con estas o semejantes palabras:

C. En este día la Iglesia celebra el *Domingo de la Palabra de Dios*. Es un Domingo “dedicado a la celebración, reflexión y difusión de la Palabra de Dios” (*Aperuit Illis*, 3). Abramos nuestra mente y nuestro corazón para acoger la Palabra, que es: “Lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero” (cf. Sal 118, 105). Dios, a través de su Palabra, desea revelarse y habitar en nuestra existencia. Para que podamos acoger su presencia durante esta celebración, reconozcamos ser pecadores e invoquemos con confianza la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Sigue el acto penitencial, que podría ser el siguiente:

C. Señor, que eres la Palabra de Dios hecha carne, *Kyrie eleison*

R. *Kyrie eleison*

- C. Cristo, que devuelves la vista a los ciegos con el poder de tu palabra, *Christe eleison*
 R. *Christe Eleison*
 C. Señor, que liberas nuestra vida del pecado, *Kyrie eleison*
 R. *Kyrie eleison*
 C. Dios Todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
 R. Amén.

Se canta el Gloria y luego comienza la Liturgia de la Palabra *more solito*.

LITURGIA DE LA PALABRA

Debido a que proclamar la Palabra asume el valor de un acontecimiento salvífico, en el cual se actualiza la historia de la salvación, conviene prestar el máximo cuidado en la proclamación de la Palabra de Dios. Ella no es una simple lectura del texto, sino el anuncio de una presencia, es Dios que da a conocer su obra salvífica. Por lo tanto, el lector es el primer mediador de la Palabra de Dios, aquel que debe ayudar a la asamblea litúrgica a acoger el mensaje y a custodiarlo para traducirlo en vida.

El leccionario es el libro litúrgico que recoge toda la Palabra de Dios anunciada en las celebraciones eucarísticas. El Leccionario deberá, por lo tanto, ser digno, decoroso y bello, capaz de suscitar el sentido de Dios que habla a su Pueblo. Por esto no son adecuados para la proclamación de la Palabra de Dios otros subsidios pastorales sustitutivos, como por ejemplo las "hojas o folletos", que deberían ser destinadas a los fieles solo para la preparación y meditación personal de las lecturas. El mismo libro litúrgico, debe ser como la epifanía de la belleza de Dios en medio de su pueblo.

Para la proclamación del Evangelio, el Evangelionario se lleva en procesión desde el altar hasta el ambón, donde se incienso. Durante el «Canto al Evangelio» el turiferario se dirige a la sede, para la infusión del incienso; después se dirige con el diácono o presbítero al ambón para la incensación y proclamación. El saludo y el anuncio inicial: «El Señor esté... Lectura del...» (y el final «Palabra del Señor») se podrían cantar para subrayar la importancia de lo que se lee. Si la celebración es presidida por el obispo, al final de la proclamación, el presbítero o el diácono lleva el Evangelionario al obispo para que lo bese. Es oportuno que en esta celebración el celebrante imparta también la bendición al pueblo.

«Cuando se leen las sagradas Escrituras en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio» (Instrucción General del Misal Romano, n. 29). Cuando el presbítero o el diácono toman el Evangelionario del altar, se quiere significar que las palabras leídas sucesivamente no son las suyas, sino las de Jesús, Señor de la historia y de la Iglesia. A la proclamación del Evangelio se debe reservar la mayor atención, por esto, conviene que sea precedida por la incensación.

ENTRONIZACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Al final de la proclamación del Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo coloca en procesión sobre el trono, donde se abre y se incienso. Este trono puede incluir velas, flores o macetas.

Un monitor explica el gesto con estas u otras palabras similares:

El libro que contiene la Palabra de Dios es llevado solemnemente y colocado en el trono. Es un gesto simbólico con el que no sólo elevamos la Sagrada Escritura en medio de nuestra comunidad orante, sino que también manifestamos nuestra voluntad de ponerla en el primer lugar de nuestra vida. Así, la Palabra de Dios se convierte en el faro de nuestra existencia que ilumina nuestras decisiones e inspira nuestro actuar según la voluntad de Dios.

Durante los grandes Concilios ecuménicos, nace la tradición de colocar el Evangelionario en un trono, para acentuar el primado de la Palabra de Dios. Esto sucedió también en el Concilio Vaticano II.



HOMILÍA

ENTREGA DE LA BIBLIA

Terminada la homilía se puede entregar a todos los presentes (o a algunos) el texto de la Biblia (o uno de sus libros, por ejemplo, uno de los Evangelios). Después de un breve momento de silencio meditativo, el celebrante introduce:

C. Queridos hermanos, el evangelista San Juan nos recuerda: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). También nosotros queremos conocer a Dios que se ha revelado a través de su Palabra. Queremos, por lo tanto, acoger la Palabra, sintiendo la importancia de su lectura cotidiana, para vivir cada vez más unidos a Cristo Jesús. Por esto dirijamos ahora a Dios nuestra oración.

Después de un breve momento de oración en silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice:

C. Padre de la luz,
te alabamos y te bendecimos
por todos los signos de tu amor.
Tú has hecho renacer a estos hijos tuyos
por el agua y el Espíritu Santo
en el seno de la madre Iglesia
y ahora los llamas a escuchar y anunciar la Palabra que salva.
Jesucristo que es tu Verbo hecho hombre,
los guía al conocimiento del misterio
escondido a los sabios y entendidos
y revelado a los sencillos.
Haz que abran sus corazones
para comprender el sentido de las Sagradas Escrituras.
Haz que sean testimonio vivo del Evangelio
que leerán en estos libros.
Interceda por ellos María, Madre de la Sabiduría,
que acogió en su vientre materno
al Verbo que se hizo carne.
Tu Santo Espíritu done a cada uno de nosotros
la gracia de colaborar con sencillez y alegría
en la proclamación de tu Palabra, para gloria de tu nombre.
Por Cristo nuestro Señor.

R. Amén.

El celebrante se dirige a la mesa donde están los textos a entregar y los distribuye a los fieles.

Mientras entrega el texto, dice:

C. Recibe las Sagradas Escrituras, lee, anuncia y testimonia con alegría la Palabra de Dios.

Se responde:

R. Amén.

Terminada la distribución de los textos, la Santa Misa prosigue *more solito* con el Credo y la Oración de los fieles.

Entregar la Biblia a los fieles se convierte en un acto de confianza, en el que la Palabra de Dios se abandona en manos de los hombres, que de ahora en adelante son responsables de su recepción y transmisión. Para transmitirla, es necesario primero recibirla. Por lo tanto, «pierde el tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior» (San Agustín, Sermones. 179,1)

ORACIÓN DE LOS FIELES

Se puede usar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

C. Queridos hermanos y hermanas, reunidos en asamblea para celebrar los misterios de nuestra redención, imploremos a Dios todopoderoso, para que por su Palabra se renueve nuestro camino hacia la santidad. Oremos juntos y digamos: ***Haznos, Señor, anunciadores de tu Palabra.***

1. Por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que amen cada día más la Palabra de Dios y, meditándola profundamente, puedan compartirla con alegría a las personas confiadas a ellos. Roguemos al Señor.
2. Por los lectores y catequistas que hoy recibirán su ministerio, para que, profundizando cada día la Palabra de Dios, se configuren con ella y la transmitan con el testimonio de la propia vida. Roguemos al Señor.
3. Por los padres de familia para que, iluminados y fortalecidos por la Palabra de Dios, tengan la sabiduría para guiar a sus hijos, transmitiéndoles la fe. Roguemos al Señor.
4. Por toda la comunidad cristiana que escucha a Dios reunida en torno a su Palabra, para que crezca en la unidad y dé un auténtico testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.
5. Por la Iglesia, llamada a estar unida en Cristo, para que, en la escucha de la Sagrada Escritura sepa descubrir el camino para alcanzar la unidad auténtica y sólida. Roguemos al Señor.
6. Por cada uno de nosotros para que abramos nuestro corazón a la Palabra de Dios y así trabajemos juntos cada día para construir la paz. Roguemos al Señor.

C. Escucha, Padre misericordioso, estas oraciones que te dirigimos con fe por medio de tu Hijo, Verbo hecho carne, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

Sigue la Santa Misa more solito.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote con las manos extendidas dice:

C. Dios, que manifestó su verdad y caridad en Cristo,
os haga apóstoles del Evangelio
y testigos de su amor en el mundo.

R. Amén.

C. El Señor Jesús, que prometió a su Iglesia
estar presente hasta el fin de los siglos,
guíe vuestros pasos y confirme vuestras palabras.

R. Amén.

C. El Espíritu del Señor esté en vosotros,
para que caminando por las calles del mundo
podáis evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón.

R. Amén.

Bendice a todos los presentes diciendo:

C. Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

R. Amén.



*«Permaneced en mi Palabra»
(Jn 8, 31)*



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

<http://www.evangelizatio.va/>